

MODAS.

De Señora. Las modas que corresponden á la primavera presente puede decirse que nadie las conoce. El espíritu de independencia que preocupa años hace á las naciones ha invadido á las elegantes parisienses, y no parece sino que todo su cuidadoso esmero está en no sujetarse á las creaciones de los demás, aunque no pueda negarse la gracia ó la novedad de la invencion.

Sin embargo, como no todas tienen génio apropósito, por mas que tengan buen gusto, puédesse asegurar que las capotas de la hechura que representaba el último figurin, y de los colores caña, rosa, anteado, lila, algunas veces blanco y otros bajos, son los que, como otras tantas flores ambulantes, matizan los paseos de la capital del mundo fasionable.

Los adornos que se ven en estas capotas son caprichosos y complicados: los ramos, compuestos de cien flores diferentes, de hojas y cintas, de oro y encages, de raso, terciopelo, flores, flecos, perlas y otra porcion de cosas, se ostentan en todas; no parece sino que la madre tierra conservaba encerrado un almacén mónstruo de modas, flores y bisutería, que hoy ha arrojado á la superficie como lava de un volcan tan grande como París. Todo esto es bueno, buenísimo para las modistas, las fábricas y almacenes, é innumerable porcion de establecimientos que facilitan el sustento á millares de infelices; mas para los periódicos de modas es un verdadero caos, en el que nada puede esplicarse, cuyas causas no se conocen, y cuya descripcion es imposible.

Hay que convenir, á pesar de esto, en que los ramos de acacia caidos al lado izquierdo merecen alguna preferencia, aunque se ha dado en la idea de hacerlos de todos colores, sin duda para avergonzar á la naturaleza, que solo los

ofrece de uno. Si este reto fuese cierto, bien pudiera calificarse de divertido.

Los vestidos, aunque de telas y sobre todo de tegidos, estampacion y colores bien diferentes, no lo son notablemente en las hechuras; porque mientras la falda toque al suelo; los cuerpos sean, de rigor, de corpiño; las mangas algo anchas exijan concluir sin puño y descubriendo otra de batista, acabada con un encage, y las bertas, ya de la tela del vestido, ya de encage, de linon ó tul, bordadas de flores sueltas, hayan tambien de adornar los hombros, pocas variaciones discurrirán las que á tanto se sujetan.

Pero en París es ya esencial en las familias de tono tener, no solo vestidos de distintas formas las personas de diversas edades, sino que cada una de ellas ha de usarlos diferentes para levantarse, para casa, para la calle, para visitas, para paseos, soarés, bailes, conciertos, teatros, para bodas, dia del dicho, misa, confesion, comunión, y otros infinitos; de aquí el que aun cuando las modas reglamenten y uniformen cada una de estas clases, la variedad que se ofrece á la vista del observador es siempre la misma; pues cada uno lleva su destino diferente, y por ello un traje tambien esencialmente distinto de los de las demás personas.

Los chales siguen en grande predicamento; apenas se encuentra una parisien que no lo lleve; y tanto mas, cuanto que los hay desde el precio mas ínfimo y el aspecto mas modesto, hasta de valor escesivo y de una riqueza deslumbradora: desde los de muselina de lana de tres pesetas, hasta los de raso y moaré labrados, bordados de seda y oro, y algunos en las reuniones de alta sociedad con piedras preciosas.

Ningun color predomina: cada cual trata de escoger, ó el que mas la favorece ó el que menos la perjudica, con arreglo á las circunstancias: nosotros aconsejamos á nuestras madrileñas que para este artículo no se acuerden de otros almacenes que la *Villa de Madrid* y el de la *Compañía de Comercio*; en ellos habrán ya admirado

un surtido variado, rico, y de muchos gustos.

De Caballero. El sexo fuerte, por el contrario, lejos de propender á la disolucion y abolicion de tipos, parece replegarse y reunir sus fuerzas para tenerlas mayores. Acaso contribuya á la grande uniformidad que se observa el que las cuestiones que quieren llamar palpitantes se absorvan el juicio, la atencion y el buen gusto para no pensar mas que en el emperador Nicolás, en la cuestion Mucurus y otras cosas parecidas, que si bien nada tienen de divertidas, no por eso dejan de incluirse en el vasto catálogo de modas.

Si antes era moda llevar un sombrero alto, ó el chaleco largo, ó pañuelo ó chalina al cuello, hoy es moda ser diplomático; hablar mucho de política; ser diputado, ó al menos escritor; juzgar al Rey Othon, ó á su primer ministro Coletti, y en fin ocuparse de todo lo exterior, olvidando no solo su casa, sino hasta la propia persona.

Esta única razon es la que puede explicar la aquiescencia del génio innovador, y el pacífico dominio que disfrutan en los talleres de los sastres los cuellos anchos y convexos; los talles siempre algo bajos; los botones de la cintura mas bien juntos que separados; los faldones muy cortos, escesivamente cortos, particularmente en los fraques, y aun mas si son de géneros, á cuadros, de primavera. De modo que para estos fraques de verano, ya podrán conocer en las provincias que el faldon no llega á cubrir el asiento del pantalon, quedando reducido á una verdadera casaquilla. Mas esto no impide el que el faldon sea completamente redondo, ni que se abotone el pecho con una sola fila de botones, y estos muy claros: cuatro ponen en París, cinco en Madrid; pueden las provincias estenderse á seis, aunque les aconsejemos no lo hagan.

Ni los sombreros, ni los pantalones y chalecos, ni los géneros, ni el peinado, ni cosa alguna ofrece hoy mayor novedad que los fraques y levitas; y esto que no puede convenir á las in-

dustrias, que casi deben su existencia á las modas, y al entusiasmo que las mas veces escita un figurin, mucho menos nos conviene á nosotros que quedamos sin tela que cortar.

DOS SORTIJAS EN UN DEDO.

NOVELA.

(Continuacion.)

Algunos meses habian trascurrido ya, y Lowly, la esposa vírgen, aguardaba con impaciencia la vuelta del diplomático, cuando recibió una mañana la infausta nueva de su muerte. Por largo tiempo el palacio de Sujol fué una morada triste y silenciosa; pues educada la jóven vizcondesa en los severos principios de una religion santa, creyó deber pagar un tributo de amargo dolor á la memoria del hombre cuyo apellido llevaba. El invierno, no obstante, habia llegado ya, con sus magníficos bailes y brillantes reuniones; y la casualidad proporcionó á Lowly en uno de ellos la ocasion de conocer á un jóven de talento, vuelto recientemente de un viaje artístico á la India: llamábase Alberto de Russelles. No pudo ocultarse á la penetracion de la hermosa viuda la impresion que en el ánimo de este causáran sus propios atractivos, pues que do quiera y constantemente era para él el objeto de los mas galantes obsequios y de las mas finas atenciones. La reserva, la esquisita delicadeza de Alberto, sin embargo, no habian dejado jamás escapar una sola palabra, sorprender una mirada siquiera, que pudiera vender aquel pensamiento de amor, que Lowly solamente habia alcanzado á adivinar.

Una noche acababa Alberto de cantar en el

palacio de la marquesa de Plombino (una de las mas hechiceras hijas de Andalucía, triste flor casi marchita, lejos de su hermoso cielo de España), acababa de cantar uno de esos romances de Lucía Puget, llenos de suavidad y dulzura; y fué tanto el trasporte con que pronunció la última estrofa, y tan tierna la espresion de sus ojos, vueltos constantemente hácia Madama de Sujol, que obligada esta á su vez á sentarse al piano, pudo apenas ocultar su turbacion. Sus dedos, conducidos al parecer por el mágico poderío de una sílfida, recorrieron rápidamente el teclado de márfil, y comenzó con trémula voz. Su vista, durante la primera estancia, permaneció inmóvil sobre el papel; pero al pronunciar con una voz suave y melodiosa aquellas palabras: «quiero amarte en secreto», alzaronse como por instinto sus ojos, y fueron á encontrar los de M. Russelles. Afortunadamente las dulcísimas modulaciones del canto de la vizcondesa tenian en aquel instante hartamente divertida la atencion universal, para que Alberto pudiera ser observado; solo ella le vió palidecer y apoyarse en el mármol de la chimenea.

De esta manera pasaron muchos dias aun, sin que osase Alberto declarar á Lowly la ardiente pasion que alimentaba. Temblaba al pensar en la posibilidad de recibir un crudo y doloroso desengaño, y ver desvanecido para siempre el risueño porvenir de amor y felicidad que se habia creado en sus ilusiones. Fué, pues, necesario para que se decidiese á vencer su natural timidez, una circunstancia de todo punto casual. Queriendo la jóven viuda del diplomático disfrutar en el campo de los últimos dias del mes de setiembre, partió una mañana á un antiguo castillo que poseia en las inmediaciones de París, escribiendo antes á la marquesa de Plombino las siguientes líneas: «Parto, querida Eugenia, á mis estados, como llamas tú á mi antiguo castillo y las pocas casas que lo rodean; cuento, pues, contigo y con tus amigos, que son los míos tambien, para el próximo martes. Adios.» La marquesa fué exac-

ta en corresponder á esta invitacion, llevando en su compañía á todas aquellas personas con quienes habitualmente tenia un trato mas íntimo. Alberto se contaba en este número.

No hay nadie que ignore lo que es una partida de campo, con sus lazos de amistad fortuitamente formados, con su alegre algazara, con sus paseos por las sinuosas calles de un jardin inglés, intempestiva y bruscamente interrumpidos. Agradable sociedad en que cada uno corre, rie ó canta sin una afectada circunspeccion; en que nadie se acuerda de poner estudio alguno en su modo de correr, de reir ó de cantar.

Pasó la mañana con rapidez, y habiendo llegado la hora de la comida, hizo Lowly sus honores con aquella gracia y finura que le eran geniales. Durante ella, la conversacion, viva y animada, giró sobre distintos objetos, y á la caída de la tarde se decretó por unanimidad un paseo, á la agradable luz de la luna, por el parque del castillo. M. de Russelles ofreció el brazo á Madama de Sujol. Marchaban todos á la desbandada, y ora las jóvenes beldades de la compañía palidecian al mas leve ruido causado por un reptil al deslizarse furtivamente entre las hojas, ora un ave nocturna, al levantar temerosa el vuelo al través de las espesas copas de los árboles, provocaba un grito de terror que devolvía el eco del parque, y repetía, como se repite en un campamento de distancia en distancia la voz del centinela. Lowly y Alberto habian perseguido largo rato una sombra fantástica, que parecia huir delante de ellos para reproducirse incesantemente bajo caprichosas formas. No tardaron en encontrarse solos en medio de una calle de viejos álamos: advirtiéndolo la vizcondesa, é instaba por retroceder, si bien Alberto, por la vez primera, se atrevió á no complacer á aquella mujer, cuyo menor deseo, por otra parte, era para él la orden mas sagrada.

La luna en este momento habia desaparecido bajo el denso velo de una nube. En esta hora solemne y misteriosa, pues, en medio de la oscu-

ridad, se atrevió á hablarla de su amor. En cuanto á Lowly, cediendo tambien á la poética influencia de la noche y del silencio que la rodeaba, dejóle exhalar su pasion entre rendidos trasportes, sintiendo allá en su corazon un involuntario movimiento de piedad. Halláronse como por acaso en aquel instante sus manos, y no pudo menos de corresponder con una ligera presion á las palabras de amor que acababan de dirigírsele.

Al reunirse, pues, con los demás amigos, gozábbase Alberto en la certidumbre de que Lowly habia escuchado sin disgusto su declaracion, y aun á lo lejos entreveia la esperanza lisonjera de ser amado un dia.

Pasóse la noche en el castillo, y al otro dia de mañana despidiéronse los convidados de Madama de Sujol, la cual no debia regresar á París hasta el siguiente.

Trascurrieron dos meses, durante los que se vieron con frecuencia Lowly y Alberto; siguiéndose bien pronto de esta misma frecuencia de verse y hablarse una especie de intimidad, que los condujo naturalmente hasta el amor.

II.

El Baile.

Alberto debia acompañar á Madama de Sujol á un baile que daba la marquesa de Plombino, y creyó deberse esmerar algo mas de lo ordinario en la composicion de su trage. Los diges y sortijas de pedrería estaban muy en voga en aquel entonces; así que no olvidó esta parte esencial de la elegancia. Llevaba siempre en uno de los dedos de la mano izquierda una sortija de oro, en cuyo interior guardaba unos cabellos de Lowly, y antes de salir introdujo en el mismo dedo otra de inestimable precio que habia heredado de su madre.

Segun el convenio de la víspera, marcharon al palacio de Eugenia en uno de los coches de la vizcondesa.

(Se continuará.)

El Colibri y la flor.

Al colibri inconsecuente

Dulcemente

Daba quejas una flor,

Diciendo: ¿por qué me dejas

Y te alejas,

Insensible á mi dolor?

Cuando embalsamar quisiera

Tu carrera,

Y seguirte á donde vas,

Te apartas, y de otras flores

Los amores

Quizá provocando estás.

Vuelves, y te vas de nuevo,

Dando cebo

Y pábulo á mi pasion;

Y bebes el llanto mio

Sin desvío,

Y sin darte compasion.

¡Cuán diferente camino

El destino

A entrambos nos señaló!

Tú puedes alzar el vuelo!...

Y en el suelo

Vivo encadenada yo!

Y sin embargo, nacimos

Y vivimos

Ambos en la soledad;

Y no ha manchado tus alas

Ni mis galas

El polvo de la ciudad.

Dicen que nos parecemos,

Y podemos

En lo hermoso competir;

Y á los dos fué concedida
Una vida
Para gozar y sentir.

Mas tú, cuando vas y vienes,
Te detienes
De otras flores á los pies.
Y por eso, vida mia,
Cada dia
Mas abatida me ves.

Ven á fijarte á mi lado;
Y cuidado!
No me vuelvas á dejar.
O si no dame, ¡inconstante!
Al instante
Tus alas para volar.

Te seguiré hasta las nubes,
Si allá subes;
Al desierto, si allí vas:
¿Qué importa el sitio? doquiera
Compañera
De tu suerte me hallarás.

Vivir contigo es mi anhelo;
Junto al cielo....
En la tierra.... me es igual.
Con alas ó con raices,
Ser felices
Es, bien mio, lo esencial.

MICAELA DE SILVA.

TEATROS DE PARÍS.

ÓPERA.—Ejecutóse por fin en este teatro, ante una numerosa y brillante concurrencia, la

funcion á beneficio de Madama Stoltz: se compo-
nia aquella de un acto de la *Xacarilla*, de otro
de *Cárlos VI*, y de dos de *La Favorita*. Nunca
se habia oido á esta célebre tiple cantar el duo
de esta ópera con tanto gusto y maestría como
en esta noche de despedida; así es que al con-
cluirlo resonó el salon con una verdadera tem-
pestad de bravos y de aplausos: coronas, rami-
lletes, nada olvidó el público para mostrar sus
simpatías á esta eminente cantante y actriz, que
sale dentro de unos dias para Rusia, en donde
se ha escriturado ventajosamente por tres tem-
poradas.

ITALIANOS.—Las gentes del gran tono que
permanecen aun en París corren con afan á las
representaciones que está dando en este teatro
la compañía española, protegida por la intere-
sante duquesa de Montpensier. Parece que esta
compañía está ajustada en sesenta mil francos por
diez representaciones.

ÓPERA CÓMICA.—La gran novedad musical del
invierno es el *Cristobal Colon* de Feliciano Da-
vid: puede asegurarse que no ha habido una
sola noche en que no se haya hecho repetir una
tercera parte por lo menos de la partitura. To-
dos los aficionados y verdaderos amantes de la
música deben estar en extremo agradecidos á
Mr. Basset, por haber proporcionado á Mr. Da-
vid los medios de popularizar su produccion.

GIMNASIO.—*Une femme qui se jette par la fe-
nêtre*, de los Sres. Scribe y Gustavo Lemoine,
es una pieza que recuerda el buen tiempo del
primero de estos autores. Esta lindísima comedia
en un acto está, desde el principio hasta el fin,
sembrada de epigramas y sales de muy buen gé-
nero: Madlle. Melcy, en su papel de Gabriela,
desplegó aquella gracia llena de dignidad que ca-
racteriza su talento, dándole un carácter encan-
tador de candor y de inocencia infantil. Esta jó-
ven actriz vestia un trage, aunque elegante, muy
sencillo, cosa que no siempre se encuentra en la
escena. Julian Deschamps estuvo tambien feliz
en su papel, aunque secundario; de manera que

á pesar de la ausencia de Madlle. Rosa Chéri, el salon del GIMNASIO se vé todas las noches sumamente concurrido.

VAUDEVILLE.—*Lo que quiera mi mujer* es una verdadera mina para este teatro. Arnal, en su parte de protagonista, está como siempre, inimitable.

VARIETÉS.—*Leonardo el peluquero*, vaudeville en cuatro actos de MM. Dumanoir y Clairville, es una nueva creacion para Bouffé, es decir, un nuevo triunfo para este excelente actor. Se han estrenado en esta comedia algunas hermosas decoraciones, debidas al pincel de Ciceri.

AMBIGÚ-COMIQUE.—*La Duchesse de Marsan*, drama de Mr. Dennery, no obtendrá por cierto el éxito de la *Closerie des Genets*, casi fabuloso en los fastos teatrales; pero por lo dramático de muchas de sus escenas, y por lo esmerado de la ejecucion, seguirá atrayendo á este teatro una numerosa concurrencia durante todo el verano.

CONCIERTOS.

Bajo la alta proteccion de la marquesa de Normanby, de la duquesa de Blacas, de la marquesa de Las Marismas, y de la condesa Guiccioli, Mr. Billeta, jóven compositor italiano, aventajado discípulo de Rossini, celebró últimamente una *matinée* musical, en que se ejecutó una *Salve Regina* á cuatro voces y coro, composicion suya. La brillante sociedad que poblaba los salones de la condesa Samoïloff acogió con merecidos aplausos la notable produccion del jóven Billeta.

Entre las funciones musicales de la estación merecen colocarse en primera línea el concierto dado por Mr. Lecieux, artista á quien reserva la gloria un puesto al lado de los Beriot y Vieuxtemps, y el de Madama Damoreau, que ha hecho alarde de las facultades que conserva todavía en una lindísima escena dramática escrita por su hijo, y titulada: *La debutante*. Madama Dorus cantaba al mismo tiempo en medio de una esco-

gida concurrencia en el salon de Herz. En el llamado de Pleyel se ha ejecutado el brillante concierto que dá todos los años el bajo Géraldy. No debemos pasar en silencio el de Madama Sabatier, como ni tampoco el divertido de Levassor, á que asisten todos los cómicos de los teatros de París, y el de violin de Mr. Tropiamky.

A principios de mayo se ejecutará en el CONSERVATORIO la ópera *Faust*, del maestro Cohen.

EL LUNAR DE JUNO

Enhiesta zagala,
 ¿Quién pudo fijar
 En rostro de gloria
 Tan linda señal?
 Estrella divina,
 Purísimo imán,
 Que el alma encadena
 Con fuerza voraz.
 Tan rubio, hechicero,
 Tu breve lunar,
 A Venus hermosa
 Envidia le dá.
 Ya un punto semeja,
 Que el niño falaz
 Grabó para tiro
 Del hombre quizá;
 Ya flor, que caida
 En medio un raudal,
 De brumas risueñas
 Se agita al compás.
 Si tal es su encanto,
 ¿Felice me harás
 En él permitiendo
 Mis labios posar?

Blondo es tu cabello,
Dulce tu mirar,
Tu seno de nieve,
Tu tez virginal;
Mas á tanto hechizo

Fuerza es confesar,
Que escede y supera
Tu bello lunar.

Conmigo, donosa,
Al prado vendrás,
Que quiero enseñarte
Lecciones de amar;

Guirnaldas de rosas
Y blando azahar;
Alfombras de césped
Que esmalta el cristal;

Y el límpido arroyo
Que cien vueltas dá;

Del tierno gilguero
El grato cantar....

Allí, vida mia,
Gozosa verás,
Cuán presto se aprende
El arte de amar.

De amor embriagados,
De amor sin igual,
Tus dulces caricias
Habré de gustar.

Y luego que el cielo,
La noche al finar,
La luz de la aurora
Comience á bañar,

Templado en tus brazos
Mi tímido afán,
El último beso
Daré á tu lunar.

J. R. DE CALERA.

REVISTA DE TEATROS.

CRUZ.

Se suceden con tal rapidez en este teatro las representaciones nuevas, que por poco que se entorpezca la publicacion de nuestro periódico, llega á veces á carecer ya de oportunidad el ligero, aunque siempre imparcial juicio que acostumbramos emitir en este lugar acerca de la ejecucion. Por no dejar en blanco, pues, esta seccion, mas bien que porque pensemos ocuparnos detenidamente, como en otro caso lo hubiéramos hecho, de las dos óperas ejecutadas despues de nuestra última Revista, diremos en general alguna cosa.

De la brillante manera como ha sido cantado el NABUCO por todos los individuos de la compañía, y en particular por la señora Villó y el señor Assoni, se ocupó ya toda la prensa, y al hacerlo ahora nosotros no podríamos mas que reproducir lo que todos unánimemente han dicho, esto es, tributar merecidos elogios á todos los que en esta ópera tomaron parte. La señora Villó cantó la suya como tiene de costumbre, con afinacion, con gusto y valentía: así en la hermosa ária «*Salgo gia sul trono aurato*», como en el magnífico duo del tercer acto con el Sr. Assoni «*Deh! perdona! deh! perdona!*» triunfó completamente de ciertos recuerdos que abrigaba aun una parte del público, arrancando universales y estrepitosos aplausos, que deben serle tanto mas lisongeros, cuanto que no fueron hijos de una parcialidad ciega ni de un entusiasmo apasionado, sino de un entusiasmo espontáneo nacido del corazon, que es el mayor homenaje á que puede aspirar la inspiracion y el talento. El Sr. Assoni dió en esta ópera iguales muestras de que no es un cantante vulgar, acentuando su papel perfectamente, y dando á casi todas las frases el correspondiente colorido: en el duo citado, especialmente, rivalizó con Cristina, por la es-

presion de dolorosa ternura que supo dar á todo el canto.

El Sr. Becerra cantó bien su papel de *Zacarias*, lo mismo que el Sr. Ordan el suyo de *Ismael*.

Si buena fué la ejecucion del *Nabuco*, no lo fué menos la del *Ritorno*. El Sr. Salas, á quien no habia tenido el público el placer de oír desde el año pasado, cuando en *Il Barbiere* tuvo la gloria de compartir merecidos aplausos con los cantantes mas célebres de Europa, ha hecho su primera salida en esta temporada con el papel de *Columella*, en que está verdaderamente inimitable y tiene ocasion de desplegar toda la gracia y travesura de que se halla dotado, y su talento para encontrar hasta los menores detalles de accion y gesto que deben dar vida á la letra.

En su preciosa ária de *Femine! Femine!* y en todo el coro de los locos fué estrepitosamente aplaudido y llamado segunda vez á la escena, pidiendo el público la repeticion. La señora Villó tiene en esta partitura dos piezas importantes, la cavatina *Bella sorgea la rosa*, y el ária final, ambas de una melodía lindísima y en extremo graciosa, que en la cabaleta de la última se acerca algo á los aires españoles: ambas las cantó de una manera que nada dejó que desear, especialmente el citado rondó final, que por su tesitura y dificultad se habia suprimido por otras tiple en años anteriores. El Sr. Assoni en su papel de *Aurelio* dividió los aplausos con el señor Salas y la señora Villó, en el duo con aquel del primer acto, y con esta en el segundo. El tercio de la disputa, que es sin duda la pieza capital de la ópera, entre los señores Salas, Becerra y Santarelli, fué perfectamente cantado por los tres y justamente aplaudido. En suma, *Il Ritorno di Columella* ha dejado completamente satisfecho al público, y es por cierto lástima que el empeño de la empresa en poner en escena una ópera nueva cada dos dias, por decirlo así, nos prive de oirla algunas noches mas.

B.

EL SIGLO PINTORESCO,

periódico universal, ameno é instructivo,

AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES.

Se ha repartido el cuaderno 4.º del tomo 3.º Contiene los artículos siguientes:

- 1.º BIOGRAFIA.—Erasmus de Rotterdam, conclusion, por *D. A. Fernandez de los Rios*.
- 2.º VIAJES.—Florencia, por *D. J. Heriberto Garcia de Quevedo*.
- 3.º El ahorcado de palo, leyenda de cocina, conclusion, por *D. Gavino Tejado*.
- 4.º NOVELAS.—Una mujer misteriosa, por *D. R. de Navarrete*.
- 5.º CUENTOS.—El amor de una mujer, por *D. A. Fernandez de los Rios*.
- 6.º LITERATURA ESTRANJERA.—Miragaya, tradicion portuguesa, por *D. Isidoro Gil*.
- 7.º REVISTA MENSUAL, por *D. A. Fernandez de los Rios*.
- 8.º BOLETIN BIBLIOGRÁFICO del mes de Abril.

GRABADOS.

- Estátua de Erasmo.
- Vista de la iglesia de San Miniato de Florencia.
- Lámina en el Ahorcado de palo.
- Lámina en la Mujer misteriosa.
- Dos grabados en el Amor de una mujer.
- Cabecera en Miragaya.
- Retrato de Lombardia.
- Vista interior del teatro de Variedades.
- Geroglífico.

EL SIGLO se publica el último dia de cada mes, por cuadernos de 48 columnas.

El precio de suscripcion es 3 rs. al mes en Madrid y 30 al año; en provincias 12 rs. por tres meses y 40 al año.

Se suscribe en la imprenta y establecimiento de grabado de D. Baltasar Gonzalez, y en las librerías de Jordan, Sanchez, Cuesta, Monier, y Pereda. En las provincias en las principales librerías y administraciones de correos, ó remitiendo en carta franqueada una libranza, tomada en la administracion de correos mas inmediata.